

RETRATO SOCIOLOGICO DE "MANITAS" Y "BRICOLADORES"

■ PATRICIA NIETO Y ELVIRA F. MARTÍN

Periodistas.

Dos tableros de dieciséis de grosor, dos de largo y sesenta de ancho. Espigas del ocho. Una broca, cola para madera. Ah!, y cuatro metros de cantear, por favor". Así comienza el fin de semana para muchos españoles desde que el boom "hágalo usted mismo" estalló en nuestro país. Todo un ejército de sufridos "manitas" que han cambiado el placer del aperitivo de mediodía por un auténtico frenesí "bricoleador".

Hacia finales de los años ochenta comenzaron a proliferar por todo el territorio nacional cursos de bricolaje en fascículos, talleres para maridos ansiosos y nostálgicos de las clases de trabajos manuales del colegio, y esa otra clase de establecimientos que son las tiendas de bricolaje. Cientos de locales sembrados por todas partes, muchos de ellos reciclados, donde adquirir el fatídico material que convertirá a aquellos ciudadanos tranquilos y amigos de la tertulia en seres obsesionados y silenciosos. La ferretería de toda la vida, la droguería, la carpintería, fueron tristemente sustituidas por las "grandes superficies". De un plumazo se acabó aquel delicioso peregrinar de tienda en tienda buscando aquí tornillos, allí pintura o ese aislante especial cuyo nombre no recuerdo, y que además era un instrumento ideal para congeniar con los tenderos y los vecinos del barrio.

Y es que por apuntarnos a Europa ya no sabemos qué hacer. Los amigos del norte, tan modernos y civilizados, sedujeron con sus costumbres dominicales a buena parte de la población española: esos que se calan el chándal el sábado y esperan pacientemente en



la caravana para llegar hasta su chalé de la sierra, terreno abonado para la chapuza. Claro, esto del bricolaje pretende convertir a los manazas en manitas en una operación aparentemente sin riesgo, fácil, barata y divertida. Parece de tontos desdeñar tantas virtudes, y los más valientes son presa fácil de la tentación de sumergirse en el mar de los tablones, la blackandeker y el barniz, con la intención de fabricar el mueble de su vida.

Encima, ahora hay una ventaja nada desdeñable. En esas macrotiendas te lo sirven todo en bandeja de plata. Te cortan las maderas, los cristales, te alquilan las herramientas si son demasiado caras y voluminosas para tenerlas en el cajón, y hasta te devuel-

ven el dinero si encuentras los mismos materiales más baratos en otro establecimiento.

CLIMA, OCIO Y CALIDAD DE VIDA

Sin embargo, nos pongamos como nos pongamos, hay un dato que no se nos puede olvidar, por muy europeos que nos empeñemos en ser. Los chalés unifamiliares nos han llegado hace poco tiempo, somos básicamente urbanitas, pasamos la mitad de nuestra vida confraternizando en los bares y la calle con nuestros semejantes; en suma, estamos acostumbrados a grifos que gotean, puertas que no encajan y enchufes de adorno. Así que parece claro que el primer obstáculo con el

que se enfrenta cualquier aprendiz de construyelo-todo en su propio inconsciente colectivo: esta nuestra es la tierra de la chapuza.

Además, en seguida se topa con su naturaleza, naturalmente inclinada al ocio, al gusto de no hacer nada y disfrutar de una charla amistosa y trivial hasta que el cuerpo aguante o llegue el aborrecido lunes.

Pero supongamos que, en un inmenso esfuerzo por regenerarse, nuestro voluntarioso amigo consigue ignorar los cantos de sirena del pub inglés o la cerveza de la esquina y se arma hasta los dientes con toda clase de herramientas y materiales, libros de instrucciones y la cabeza estallando de los sabios consejos del solícito vendedor. ¡Ya está!, llegó la revolución. Cuando se construyó su chalecito no se la había ocurrido que, por ventura, le fueran a entrar estos afanes constructores. En consecuencia, no planificó un cuartito al efecto y toma el salón al asalto que acaba convertido en un campo de virutas. La mujer monta en cólera, los niños corren peligro, lo tiran todo, en fin, para qué seguir... Pero él, erre que erre, midiendo, aserrando, encolando, poniendo clavos y tornillos, tapando poros, lijando, puliendo, pintando, volviendo a lijar, a pulir, a pintar, hasta que por fin, después de toda clase de percances y dos fines de semana trabajando a destajo y contracorriente, la obra está concluida.

Exhibirá con orgullo ante las visitas su pequeño éxito durante una temporada, justo el tiempo necesario para que la economía se recupere de la inversión y permita hacerse con un mueble en condiciones. Y es que era previsible. A excepción de los "kits" de estanterías, perfectos para el cuarto de los niños crecidos, el resto de las creaciones domésticas suele servir para salir del paso y nace con una marcada vocación de trasto que, en el mejor de los casos acabará por perderse en la próxima mudanza.

En el caso de las otras actividades, como la fontanería, electricidad, pintura, empapelado y chapuzas varias, suelen convertirse en motivo de disputa y llamada al profesional de turno. Frustración, en fin, añadida a la pérdida de dinero y de tiempo. Y la conclusión a la que después de mil y una peripecias llega nuestro incauto protagonista es la esperada: los fines de semana no se han hecho para trabajar y mucho menos gratis. Pronto se reconciliará con su espíritu mediterráneo y se entregará a lo suyo, a la expansión callejera o el moderno "sillón ball", el deporte que más nos encadila para nuestro tiempo libre.

Pero no todos abandonan. Los que continúan entregados a esas labores de reconstrucción del hogar son los manitas de siempre, los artesanos a ultranza, los artistas de la casa, rara y codiciada especie, que lo mismo sirven para un roto que para un descosido. Pero ellos nunca necesitaron que

nadie les "vendiera" ese hobby de importación que es el bricolaje. Nacieron con ese don.

A pesar de todo, ¿quién sabe? entre la parálisis económica, la vocación europeísta y la labor de asedio del marketing, que es como el rayo que no cesa, tal vez muchos se replanteen la cuestión y decidan intentarlo de nuevo. Porque, bien pensado, se ahorran el cine, la cena y la copa y además tienen un mueble de buena madera o una instalación de luz ultramoderna.

Mientras se resuelve la incógnita podemos recordar aquél chiste cuyo protagonista es un pertinaz bricoleador. Ha decidido edificar una casa en aquella parcelita que tiene hace ya tiempo y pide presupuesto para ello. Resultado: doce millones, precio final, con todo puesto, hasta el último clavo. Acepta, pero lo quiere a once, el millón restante, como es obvio, lo pone él bricoleando. □

